

BARTOLOMÉ MITRE: HISTORIA DE BELGRANO Y LA INDEPENDENCIA ARGENTINA. La revolución de Mayo

“ Al empezar el año de 1810, la Revolución Argentina estaba consumada en la esencia de las cosas, en la conciencia de los hombres y en las tendencias irresistibles de la opinión, que hacían converger las fuerzas sociales hacia un objetivo determinado. Ese objetivo era el establecimiento de un gobierno propio, emanación de la voluntad general y representante legítimo de los intereses de todos. Ara conseguirlo era indispensable pasar por una revolución y esa revolución todos la comprendían, todos la sentían venir. Como todas las grandes revoluciones, que, a pesar de ser hijas de un propósito deliberado, no reconocen autores, la Revolución Argentina, lejos de ser el resultado de una inspiración personal, de la influencia de un círculo, o de un momento de sorpresa, fue el producto espontáneo de gérmenes fecundos por largo tiempo elaborados, y la consecuencia inevitable de la fuerza de las cosas. Una minoría activa, inteligente y previsora, dirigía con mano invisible esta marcha decidida de un pueblo hacia destinos desconocidos y que tenía más bien el instinto que la conciencia: ella fue la que primero tuvo la inteligencia clara del cambio que se preparaba, la que contribuyó a imprimirle una dirección fija y a darle formas regulares, el día en que la revolución se manifestó con formas caracterizadas y fórmulas definidas.”

JOHN LYNCH: EL LEGADO DE LA LIBERTAD Reportaje de Fernando Gualdoni en El País 28/11/2009

John Lynch, historiador británico, centra su mirada en las Reformas Borbónicas como la causa fundamental de un descontento criollo que, a la vez, va moldeando una identidad nacional previa e impulsora del proceso independentista americano y que, además, dispara las revoluciones mismas de Independencia. Sus ideas aparecen claras en una entrevista publicada por el diario español El País. A continuación, un extracto de la misma:

“El profesor Lynch, de 82 años, declinó la oferta de hacer una entrevista en Londres por problemas de salud y prefirió hablar sobre las independencias hispanoamericanas desde su ordenador. A través del ciberespacio, el director del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres -hoy Instituto de las Américas- desde 1974 a 1987 reflexiona sobre los acontecimientos de hace 200 años y cómo éstos aún marcan la vida de los hispanoamericanos. Es un ir y venir de preguntas que podría prolongarse infinitamente

“Las crecientes demandas económicas de las colonias españolas son un aspecto importante de la independencia y San Martín y Bolívar fueron conscientes de ello. Sin embargo, ésta no es la explicación fundamental de la crisis. El Gobierno de los Borbones cambió el carácter del Estado colonial y el ejercicio del poder en América. Carlos III y sus ministros sabían menos de la América española que los historiadores modernos. Los datos los tenían. Los informes de las capitales virreinales ya habían empezado a registrarse en el Archivo de Indias. Pero nadie los leía o, si lo hacían, no los entendían. El pasado fue ignorado, hasta repudiado. El reinado de los Habsburgo se había relacionado con sus colonias a través del consenso y, desde 1650 hasta 1750, había permitido a los criollos tener acceso a la burocracia y los negocios. Los americanos desarrollaron un mercado interior pujante”, explica el historiador.

“Pero, a partir de 1750, los Borbones decidieron poner fin a esta anomalía y volver a los tiempos en que se degradaba a los criollos. El objetivo era restaurar la grandeza imperial de España, y al hacerlo, alienar a la élite criolla que vio cómo el Gobierno y la economía de América pasaba a manos exclusivas de los españoles peninsulares”, recuerda el hispanoamericanista. “Esta deconstrucción del Estado criollo, este proceso de desamericanización de América, fue el disparador de las revoluciones por la independencia. Fue este absolutismo colonial el que generó los movimientos de resistencia que acabaron dirigiendo San Martín y Bolívar”.

“En la víspera de los bicentenarios de las independencias”, reflexiona Lynch, “España puede argumentar que su imperio en América no fue malvado. Hay muchas cosas de las cuales puede enorgullecerse: la organización de las instituciones, el desarrollo económico y la educación de los pueblos, entre otras cosas. El descontento de los criollos que generó el movimiento independentista no fue el resultado de tres siglos de opresión despiadada, sino una reacción a la política de los Borbones hacia la región y a los acontecimientos de 1808”.

TULIO HALPERÍN DONGHI : HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE AMÉRICA LATINA

Hacia 1790, emerge fruto de un cuarto de siglo de reformas intermitentes una Hispanoamérica menos radicalmente renovada que la anticipada por los Borbones. Quizas por eso mismo las tensiones que suscitaba ese esfuerzo renovador estaban lejos de ser críticas. Las oligarquías locales se acostumbraron a aceptar y a acoger en sus filas a los nuevos emisarios de la Corona y la economía metropolitana; las economías coloniales soportaron una carga impositiva ampliada (seguramente menos pesada de lo que se proclamará al momento de la Independencia), pero aliviada, a la vez, en casi todas partes por el crecimiento económico generado por esas mismas reformas. Los resquemores y resentimientos generados por esta necesaria adaptación de las oligarquías son ciertos, pero no podían estar en la base de una reacción política temible para la autoridad regia. Lo que iba a poner en crisis el orden colonial no fue, entonces, la afirmación más vigorosa de esa autoridad en un cuarto de siglo de reformas; fue en cambio el progresivo derrumbe de esa misma autoridad cuando la crisis militar y política europea se reveló demasiado fuerte para las defensas que esas reformas habían intentado erigir.

En la América española la crisis de independencia es el desenlace de una degradación del poder español que hacia fines del siglo XVIII se hacía cada vez más rápida.

El primer aspecto de la crisis es que ese poder metropolitano cada vez se hace más lejano porque España no puede enviar más soldados, no tiene el control de las rutas marítimas, sobre todo después de la derrota española en la batalla de Trafalgar (1805) y el comercio monopólico se va liberando de a poco.

Los movimientos que se dan entre 1808 y 1809 preparaban la revolución. Mostraban el agotamiento de la organización colonial y mostraban los puntos reales de disidencia: las relaciones futuras entre la metrópoli y las Indias y el lugar de los peninsulares en éstas. Este último problema se hizo cada vez más agudo, porque las revoluciones comenzaron por ser tentativas de los sectores criollos de las oligarquías urbanas por reemplazarlos en el poder político.

En 1810 se dio otra etapa del derrumbe español: Andalucía estaba perdida ante los franceses, la Junta Central de Sevilla era disuelta, el cuerpo que había surgido en Cádiz (Consejo de Regencia) se había designado a sí mismo siendo un titula muy discutible de una soberanía problemática.

Este episodio proporcionaba a la América española la oportunidad de definirse frente a la crisis del poder metropolitano. La caída de Sevilla es seguida en todas partes por la revolución colonial, que se presenta pacífica y apoyada en la legitimidad. Los revolucionarios no se sienten rebeldes, sino herederos de un poder caído, probablemente para siempre: no hay razón alguna para que marquen disidencias frente a ese patrimonio político-administrativo que ahora consideran suyo y al que entienden hacer servir para sus fines. Los disidentes convocan en su apoyo a las instituciones jurídicas españolas, en todas partes el nuevo régimen aspira a ser heredero legítimo del viejo sistema.

Y en casi todas partes las nuevas autoridades pueden exhibir signos de esa legitimidad que tanto les interesa. Las revoluciones, que se dan sin violencia, tienen por centro el Cabildo; esta institución municipal (que representan tan escasamente a las poblaciones urbanas) tiene por lo menos la ventaja de no ser delegada de la autoridad central en derrumbe; por otra parte la institución del Cabildo Abierto – reunión de notables convocada por las autoridades municipales en las emergencias más graves- asegura en todos los casos la supremacía de las elites criollas. Son los cabildos abiertos los que establecen las juntas de gobierno que reemplazan a los gobernantes designados desde la metrópoli: el 19 de abril en Caracas, el 25 de mayo en Buenos Aires, el 20 de julio en Bogotá, el 18 de septiembre en Santiago de Chile. Todas estas revoluciones cuidan muy bien de exhibir las renuncias de los gobernantes españoles y así mostrar su legitimidad. Ese prudente cuidado de la legitimidad lleva la huella de lo que fueron esos primeros jefes del movimiento emancipador: abogados, funcionarios, maduros comerciantes trocados en jefes militares...

Por ahora (es decir en su fase inicial) la revolución es un drama que se representa en un espacio muy limitado: las elites criollas de las capitales toman su venganza por las demasiadas postergaciones que han sufrido; herederas de los funcionarios metropolitanos, si bien saben que una de las razones de su triunfo es que su condición de americanas les confiere una representatividad que todavía no les ha sido discutida y están dispuestas a abrir a otros sectores una limitada participación en el poder, no apoyan cambios demasiado profundos en las bases reales del poder político. A pesar de mostrarse herederos legítimos del poder caído, deben enfrentarse con los españoles, que identifican la defensa de su lugar en América con la del dominio español. De la revolución surge de inmediato la guerra: hasta

1814 España no puede enviar tropas contra sus posesiones sublevadas y aun entonces ellas sólo actúan eficazmente en Venezuela y Nueva Granada.

Esta guerra había provocado una movilización popular en vasta escala. Tanto realistas como patriotas tenían que formar ejércitos cada vez más numerosos, en los que las clases altas sólo proporcionaban los cuadros de oficiales; eso suponía armar a un número creciente de soldados reclutados entre la plebe y las castas. Tenían que mantenerlos pasablemente satisfechos, eso implicaba una nueva tolerancia en cuanto al ascenso. Ahora pasan a primer plano los oficiales criollos, tenían que dotarlos de recursos.

No hay sector de la vida hispanoamericana que no haya sido tocado por la revolución. La más visible de las novedades es la violencia y la militarización: en la medida en que la revolución de la elites criollas urbanas no logra éxito inmediato, debe ampliarse progresivamente, esto lleva a la movilización militar. La guerra de independencia se transforma en un haz de guerras en las que hallan expresión tensiones raciales, regionales, grupales y deja una imagen de violencia. Por otra parte hay un nuevo estilo de acción de la elite criolla que en quince años de guerra saca de sí todo un cuerpo de oficiales que conformaron un sólido espíritu de cuerpo y son a la vez un instrumento de poder para el sector que ha desencadenado la revolución, porque controlan un ejército formado por sectores populares movilizados. La militarización sobrevive a la lucha, porque luego de la guerra es necesario difundir las armas para mantener un orden interno tolerable.

Otro de los cambios que ha provocado la revolución es una democratización, limitada pero real, de la vida social y política hispanoamericana. La palabra misma lo caracteriza muy inadecuadamente pero hay que examinar algunos cambios que han ocurrido y son importantes. En primer lugar el significado de la esclavitud ha cambiado, las manumisiones se ampliaron para conseguir soldados, la esclavitud doméstica pierde importancia, se ponen trabas a la trata. Sin duda los negros emancipados no serán reconocidos como iguales por la población blanca ni mestiza, pero tienen un lugar profundamente cambiado en una sociedad que, si no es igualitaria, organiza sus desigualdades de manera diferente a la colonial.

La revolución ha cambiado también el sentido de la división en castas. La revolución, porque armaba vastas masas humanas, introducía un nuevo equilibrio de poder en que la fuerza del número contaba más que antes y éste favorecía a la población rural, en casi todas partes mayoritaria. Y como consecuencia de ello, a los dirigentes de la sociedad rural, a los propietarios.

**JOSÉ CARLOS CHIARAMONTE: UN ANÁLISIS CRÍTICO DE LA HISTORIA DE LA
INDEPENDENCIA ARGENTINA
Silvina Walger, reportaje en La Maga 7/7/1993.**

José Carlos Chiaramonte, historiador, es Director del Instituto de Historia Argentina y Americana Doctor Emilio Ravignani, de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA e investigador del Conicet. En la actualidad trabaja sobre la historia argentina y latinoamericana de la primera mitad del siglo XIX, fundamentalmente sobre la formación de estados provinciales y nacionales.

El 25 de mayo y el 9 de julio son las fechas patrias por excelencia. La historia enseña – según los manuales – que, amén de existir como argentinos casi desde el virreinato, entre esas dos fechas se independizaron de España y se constituyeron como Estado.

La realidad parece ser otra y bastante más compleja. Según el historiador José Carlos Chiaramonte, *“el ensamble de esto que llamamos Nación Argentina fue un proceso largo que comienza en 1810, si queremos datarlo allí, y todavía no estaba bien acabado a fines de siglo”*.

En efecto, en sus obras Chiaramonte demuestra que luego de la Revolución de Mayo coexisten tres formas de identidad política, en vez de una sola conciencia nacional: *“la hispanoamericana, prolongación del sentimiento de español americano elaborado durante el período colonial, la provincial, asentada en el sentimiento lugareño, y la rioplatense- luego argentina-, de más compleja delimitación”*

Pese al empeño de muchos historiadores nacionales que, decididos a fortalecer el sentimiento nacional, llegan a ubicar el nacimiento de la patria entre el virreinato y 1810, la existencia de la Nación Argentina data de mediados del siglo XIX, afirma el historiador para quien *“la formación de las Juntas en mayo de 1810 entraña un proceso que va a culminar en la independencia aunque esto no quiere decir que el objetivo inmediato hubiera sido realmente la independencia”* puesto que *“la independencia de Iberoamérica se produce como efecto no de la maduración de fuerzas internas, sino como fruto del súbito colapso de las monarquías ibéricas durante las guerras napoleónicas”*. La existencia de un estado, una economía, una sociedad y una identidad nacional no son para el historiador el punto de

partida del proceso que abre Mayo, sino que son el resultado del mismo. *"la nueva identidad rioplatense habría de elaborarse sobre la marcha"*

Lo que existe en el Río de la Plata, "como en casi toda Hispanoamérica", durante este proceso de independencia son estas entidades soberanas que son las ciudades que posteriormente se convierten en provincias alrededor de 1820 y que *"van a mantener su libertad, independencia y soberanía durante todo el período, cosa que recién cesa con la Constitución de 1853."*

¿Puede relacionarse esto con los esquemas con que nos enseñan la historia?

No creo que haya que deformar la historia para defender mejor los intereses de cada pueblo. Una buena comprensión de lo que realmente ocurrió en la historia ayuda también a comprender cómo podemos manejarnos ante estos problemas, mientras que lo otro puede conducir a formas de xenofobia, racismo y demás. En el proceso de construcción de una historia mítica se parte del supuesto de que tuvimos una nacionalidad en 1810, de que el país fue el fruto incontenible de esta nacionalidad. Cuando se logra la Constitución de 1853 se dan cuenta de que había un sentimiento de nacionalidad muy débil y que para lograr la lealtad a ese Estado recién creado era necesario fortalecer los vínculos de unión indispensables para que prosperara. Se construye entonces, una historia con una serie de supuestos que no son reales. Este problema se agrava con la llegada de la inmigración. De ahí viene que a fines de siglo se construya el mito del gaucho cuando esto ya prácticamente era cosa del pasado.